

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

Pazo de Brandeso, no tendremos día para llegar á San Clodio.

Adega murmura tristemente :

— Si no puede acompañarme, yo iré sola...

El camino lo sé: Con todo, sería gustante que hablase por mí á tan gran señora.

La vieja se siente compadecida:

— Iremos primero donde esperan al rapaz, y luego, con la luna, nos llegaremos al Pazo, que es poco arroteo.

Bajo aquel sol amable, que luce sobre los montes, cruza por los caminos la gente de las aldeas. En una lejanía de niebla azul se divisan los cipreses de San Clodio, oscuros y pensativos, con las cimas unguidas por un reflejo dorado y crepuscular. Los rebaños vuelven hacia la aldea, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares se disipa en la luz

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

como salutación de paz. Sentado en la puerta del atrio, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos que parecen dos ágatas blanquecinas :

— ¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganar!... ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!... ¡Salud y vista en el mundo para ganar!... ¡Tantas buenas almas del Señor como pasan, no dejarán al pobre un bien de caridad!...

Y el ciego tiende la palma seca y amarillenta. La vieja dejando á la pastora en el camino, se acerca con su nieto de la mano, y murmura tristemente :

— ¡Somos otros pobres!... Dijéronme que buscabas un criado...

— Dijéronte verdad. Al que tenía enantes



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

abrióronle la cabeza en la romería de San Amaro. ¡Está que loquea!

— A mí mándame *Electus*.

— ¡Ese no necesita criado! Sabe los caminos mejor que muchos que tienen vista.

— Vengo con mi nieto.

— Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire.

— Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña del ciego se posa sobre los hombros del niño, ándale á tientas por la espalda, corre á lo largo de las piernas:

— ¿Te cansarás de caminar con las alforjas?

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— No, señor: Estoy hecho á eso.

— Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

— Donde no conozca, pregunto.

— En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes que responderme con otra. ¿Sabrás?

— En deprendiendo, sí, señor.

-- Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

— Sí señor, sí.

— Puesto que has venido, vamos hasta la rectoral: ¡Allí hay caridad! En este paraje no se recoge una triste limosna.

El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño que contempla tristemente el largo camino, y la campiña



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

verde y húmeda, que sonríe en la paz de la tarde, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparramado de las puertas, y las montañas azules, y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino un zagal anda encorvado segando yerba, y la vaca de tr emulas y rosadas ubres, pace mansamente arrastrando el ronzal. Mozos y mozas vuelven   la aldea cantando por los caminos, y el humo blanco parec  salir de entre las higueras. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela suspira enjug ndose los ojos al mismo tiempo que se junta con Adega :

— ¡Malpocado, nueve años y gana el pan que comel... ¡Alabado sea Dios!...

Adega, sintiendo pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro, murmura :

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— Ese ciego es un santo del Cielo, que anda por el mundo para saber dónde hay caridad y luego darle cuenta   Nuestro Señor.

La vieja responde :

— Nuestro Señor, para saber dónde se esconden las buenas almas, no necesita experimentarlo.

Y callaron porque ya iban acezando, en su afan de llegar con día al Pazo de Brandeso.





## CAP. IV. FLOR DE SANTIDAD



ASABA el camino entre dos lomas redondas é iguales como los senos de una gigante, y la pastora se detuvo mostrándole á la vieja una sombra leja-

na, que allá en lo más alto, parecía leer atentamente, alumbrándose con un cirio que oscilaba misterioso bajo la brisa crepuscular. La vieja miró largo tiempo, y luego advirtió:

— Á ese hombre yo lo vide en otros parajes. ¿Sábese cómo se llama el libro donde lee?



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

El libro de San Cidrián. ¡También un curmano de mi padre lo tenía!...

Adega bajó la voz misteriosa y crédula :

— Con él descúbrese los tesoros ocultos.

La vieja negaba moviendo la cabeza, porque tenía la enseñanza de sus muchos años :

— Aquel curmano de mi padre, vendió las tierras, vendió las vacas, vendió hasta el cuenco del caldo, y nunca descubrió cosa ninguna.

— Mas otros han hallado muy grandes riquezas...

— Yo á ninguno conocí. Cuando era rapaza, tengo oído que entre estas dos lomas hay oculto dinero para siete reinados, pero dígame que son cuentos.

Adega, con las violetas de sus ojos resplandecientes de fe, murmuró como si repitiese

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

una oración aprendida en un tiempo lejano.

— Entre los penedos y el camino que va por bajo, hay dinero para siete reinados, y días de un rey habrán de llegar, en que las ovejas, escarbando los descubrirán.

La vieja suspiró desengañada:

— Ya te digo que son cuentos.

— Cuentos serán, pero sin fin de veces lo escuché en el monte, á un viejo de San Pedro de Cela.

— ¡Si fuese verdad todo lo que se escucha, rapaza! Á ese que lee, yo le conozco. Vino poco hace de la montaña, y anda por todos estos parajes leyendo en ese gran libro luego que se pone el sol. Tiene los ojos lucientes como un can adolecido, y la color más amarilla que la cera.

Y dijo Adega :



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— Yo también lo conozco. En la venta se reposó muchas veces. Allí, contó un día que los alarbios guardadores de los tesoros solamente se muestran en esta hora, y que habrán de leerse las palabras escritas á la luz de un cirio bendito.

Susurraron largamente los maizales, levantóse la brisa crepuscular removiendo las viejas hojas del infolio, y la luz del cirio se apagó ante los ojos de las dos mujeres. Habíase puesto el sol, y el viento de la tarde pasaba como una última alegría sobre los maizales verdes y rumorosos. El agua de los riegos corría en silencio por un cauce limoso, y era tan mansa, tan cristalina, tan humilde, que parecía tener alma como las criaturas del Señor. Aquellas viejas campanas de San Gundían y de San Clodio, de Santa Baya de Bran-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

deso y de San Berísimo de Céltigos, dejaban oír sus voces en la paz de la tarde, y el canto de un ruiseñor parecía responderlas desde muy lejos: Se levantaba sobre la copa oscura de un árbol, al salir la luna, ondulante, dominador y gentil como airón de plata en la cimera de un arcángel guerrero. Y las dos mujeres iban siempre camino adelante, acezando en su afán de llegar. Al cabo la vieja murmuró haciendo un alto:

— ¡Ya poco falta, rapaza!

Y Adegá repuso:

— ¡Ya poco falta, sí señora!

Continuaron en silencio. El camino estaba lleno de charcos nebulosos, donde se reflejaba la luna, y las ranas que bajo la luz de plata cantaban en la orilla su solo monótono y senil, saltaban al agua apenas los pasos se acerca-



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

ban. Á lo lejos, sobre el cielo azul y constelado de luceros destacábase una torre almenada, como en el campo de un blasón: Era la torre del Pazo de Brandeso: Estaba en el fondo de un gran jardín antiguo, que esparcía en la noche la fragancia de sus flores. Tras la cancela de hierro los cipreses asomaban muy altas sus cimas negras, y los cuatro escudos del fundador que coronaban el arco de la puerta, aparecían iluminados por la luna. Atega murmuró en voz baja cuando llegaron:

— ¡Todas las veces que vine á esta puerta, todas me han socorrido!

Y la vieja repuso:

— ¡Es casa de mucha caridad!

Acercáronse las dos juntas, llenas de respeto, y miraron por el enrejado de la cancela:

— No se ve á nadie, rapaza.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¡Acaso sea muy tarde!

— Tarde no, pues hállase abierto... Entraremos hasta la cocina.

— ¿Y si están sueltos los perros?...

— ¿Tienen perros?

— Tienen dos, y un lobicán muy fiero.

En esto vieron una sombra que se acercaba, y esperaron. Poco después reconocían al que llegaba, aun cuando encubríale por entero la parda anguarina. Los ojos calenturientos fulguraban bajo el capuz, y las manos, que salían del holgado ropaje como las de un espectro, estrechaban un infolio encuadernado en pergamino. Llegó hasta la cancela hablando á solas, musitando concordancias extrañas, fórmulas oscuras y litúrgicas para conjurar brujas y trasgos. Iba á entrar, y la vieja le interrogó con una cadencia de salmodia:



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¿No andarán sueltos los perros?

— Nunca los sueltan hasta después de cerrar.

Era su voz lenta y adormecida, como si el alma estuviese ausente. Empujó la cancela, que tuvo un prolongado gemir, y siempre musitando aquellas oraciones de una liturgia oscura, penetró en el jardín señorial. Las dos mujeres, cubiertas con sus mantelos, como sombras humildes entraron detrás.



CAP. V. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



OS CRIADOS están reunidos en la gran cocina del Pazo. Arde una hoguera de sarmientos, y las chispas y el humo suben retozando por la negra campana de la chimenea, que cobija el hogar y los escaños donde los criados se sientan. Es una chimenea de piedra que pregona la generosidad y la abundancia, con sus largos varales de donde cuelga la cecina puesta al humo. La sombra del buscador de tesoros se desliza á lo largo del muro, con el infolio apretado so-



❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

bre el pecho, y desaparece en un rincón murmurando sus oraciones cabalísticas. Los criados le tienen por loco: Presentóse hace tiempo como nieto de un antiguo mayordomo, y está allí recogido, que todo es tradicional en el Pazo. La vieja y la zagala, que han entrado detrás, murmuran humildes:

— ¡Santas y buenas noches!

Algunas voces responden:

— ¡Santas y buenas!

Una moza encendida como manzana sanjuanera, con el cabello de cobre luciente y la nuca más blanca que la leche, está en pie llenando los cuencos del caldo, arremangada hasta el codo la camisa de estopa. Con el rostro iluminado por la llama, se vuelve hacia las dos mujeres:

— ¿Qué deseaban?

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

La vieja se acerca al fuego, estremeciéndose de frío:

— Venimos por ver si esta rapaza halla aquí acomodo.

Un criado antiguo murmura:

— Somos ya diez para holgar.

La vieja vuelve á estremecerse, y toda encorvada sigue acercándose al hogar:

— ¡Asús!... Parece mismo como que da vida esta lumbre. ¿Por qué te quedas ahí, rapaza?

Adega responde con los ojos bajos:

— Deje, que el frío no me hace mal.

La moza de la cara bermeja se vuelve compasiva:

— Anda, que tomarás un cuenco de caldo.

Adega murmura:

— ¡Nuestro Señor se lo premie!

La vieja sigue estremeciéndose:



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— En todo el santo día no hemos probado cosa caliente.

El criado de las vacas, al mismo tiempo que sumerge en el caldo la cuchara de boj, mueve gravemente la cabeza:

— ¡Lo que pasan los pobres!

La vieja suspira:

— ¡Sólo ellos lo saben, mi hijo!

Hay algo de patriarcal en aquella lumbre de sarmientos que arde en el hogar, y en aquella cena de los criados, nacidos muchos de ellos bajo el techo del Pazo. La vieja y la zagala sostienen en ambas manos los cuencos humeantes, sin osar catarlos mientras las interroga una dueña de cabellos blancos que llevó en brazos á la señora:

— ¿Quién os encaminó aquí?

— Electus.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¿El ciego?

— Sí señora, el ciego. Dijonos que necesitaban una rapaza para el ganado y que tenía á su cargo buscarla...

El criado de las vacas murmura:

— ¡Condenado Electus!

La dueña se encrespa de pronto:

— ¡Luego querrá que la señora le recompense por haberle traído una boca más!...

Otros criados repiten por lo bajo con cierto regocijo:

— ¡Cuántas mañas sabe!

— ¡Qué gran raposo!

— ¡Conoce el buen corazón de la señora!

La vieja, decidiéndose á catar el caldo, murmura componedora y de buen talante:

— No se apure, mi ama. La rapaza servirá por los bocados.



❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

Adega murmura tímidamente:

— Yo sabré ganarlo.

La dueña se yergue, sintiendo el orgullo de la casa, cristiana é hidalga:

— Oye, moza, aquí todos ganan su soldada, y todos reciben un vestido cada año.

Los criados con las cabezas inclinadas, sorbiendo las berzas en las cucharas de boj, musitan alabanzas de aquel fuero generoso que viene desde el tiempo de los bisabuelos. Después, la dueña de los cabellos blancos se aleja sonando el manojó de sus llaves, y al desaparecer por una puerta oscura va diciendo, como si hablase sola:

— Esta noche dormirán en el pajar. Mañana que disponga la señora.

Cuando desaparece, la moza de la cara bermeja se acerca á la pastora, y le dice risueña:

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¿Cómo te llamas?

— Adega.

— Pues no tengas temor, Adega. Tú quedarás aquí, como quedan todos. Aquí á nadie se cierra la puerta.

Y allá en el fondo de la cocina, se eleva la voz religiosa y delirante del buscador de tesoros, mientras su sombra se acerca lentamente:

— ¡Rapaza, puerta de tanta caridad no la hay en todo el mundo!... ¡Los palacios del rey todavía no son de esta noble conformidad!...

